

EXCELSIOR Más Sangre en Argentina

(La Opinión, Buenos Aires)

EL mes de marzo pasado fue singularmente sangriento en Argentina. Un recuento —que no pretende ser exhaustivo— de las muertes causadas por la violencia incluye no menos de 58 casos. Ello equivale a decir que fueron asesinadas dos personas por día.

El 12, tres jóvenes fueron acribillados a balazos en Villa Lugano. Esa misma jornada arrojó otras dos víctimas, una carbonizada, otra flotando en aguas del Riachuelo. El 19, cuatro personas aparecieron acribilladas y carbonizadas en una camioneta en Villa Lugano, cerca del lugar donde apenas una semana antes otras cinco habían encontrado igual destino. El sábado 22 se computaron 15 muertes en apenas 36 horas. El cómputo incluía una operación comando en Mar del Plata —insólita para los anales de la ciudad— que dejó un saldo de 4 fusilados.

Fue el día 22 cuando el horror se impuso. Un grupo incursionó en la localidad de José Mármol (partido de Almirante Brown) durante 45 minutos. Fue recogiendo personas (siete en total) a las que fusiló en grupo. Las destrozó con explosivos. Les agregó un cartel ("Fuimos...") donde se señalaban su adscripción a organizaciones extremistas. En el transcurso de la acción resultó muerta una mujer. Y uno de los fusilados tenía 16 años.

Al día siguiente los diarios registraban que la escalada terrorista había segado 25 vidas en 72 horas, a un ritmo de una muerte cada dos horas y media.

Las acciones más espectaculares no pueden hacer olvidar los dramas solitarios. En el mismo lapso de un mes fueron abatidos por lo menos once policías de distinta graduación y por el solo hecho de serlo. También fue secuestrado y ejecutado el día 27, el coronel Manuel Rico, del Estado Mayor Conjunto, cuyo cadáver fue hallado en Avellaneda. Con él ascendían a 12 los oficiales muertos violentamente a partir de septiembre de 1973.

Un caso aparte es la explosión en un automóvil en Tucumán, en la cual perecieron una mujer —tal vez extremista— y tres hombres —sus captores— que presuntamente se proponían ejecutarla. Los explosivos, en este caso, funcionaron antes de tiempo.

La violencia no respeta edades. Sin embargo, parece haber preferencia por las víctimas jóvenes. En el periodo comprendido entre el 10. de julio y el 8 de agosto de 1974, en el que también se registró una víctima cada 48 horas, el 65 por ciento de ellas tenía menos de 30 años y el 40 por ciento menos de 25.

La mayoría de las víctimas aparece en el Gran Buenos Aires en zonas escasamente pobladas. En los últimos meses se ha impuesto la modalidad de efectuar fusilamientos con gran cantidad de impactos en cada persona. En muchos casos, tal vez para dificultar la identificación, se procede a hacer diar vehículos, carbonizando dentro de ellos, los cadáveres. Otras veces se los dinamita. También es novedad la leyenda "Fuimos...", especie de firma identificatoria de víctimas y victimarios.

Parece haber cedido —salvo lamentables excepciones— la tendencia a ultimar militares. Ello subsigue al asesinato del capitán Viola el 2 de diciembre de 1974, operación en la cual falleció también la hijita del militar, de apenas 3 años. Un hecho tan absurdo y penoso como ese fue la muerte, el 7 de septiembre del mismo año, de un bebé de 4 meses, hijo del ex rector de la Universidad de Buenos Aires, Raúl Laguzzi, a raíz de un atentado con bombas contra la vivienda de su padre.

También parece decaer la tendencia a ultimar a importantes personajes de la vida política o gremial. La batalla entre extremismos ha entrado, pues, en un cono de sombra, en el cual la masividad de las acciones cede lugar a la especificidad, y el efecto de demostración alcanza a más vastos sectores.

El impacto de estos acontecimientos, a su vez se diversifica. Por un lado parece haber una suerte de resignación ante la frecuencia de las bajas, el desconocimiento a veces de las identidades (como en el caso del dirigente de los trabajadores de la educación, Guillermo José Barros, cuyo cadáver fue reconocido el lunes 7, o sea veinte días después de su desaparición), y la circunstancia de que en la generalidad de los casos no se logra ubicar a los victimarios. Por otro lado surge, en las autoridades, en la prensa, y en la sociedad en general, una actitud de condena cada vez más enérgica y expectante.